

Poema

por Gabriel Quiña

Si tuviera de los hechos la memoria
como gustan de narrarla en historiales
vería traicionada la verdad
eterna
esquiva
de la piedra.
Nadie puede decir
dónde exactamente termina
y dónde mi ser
empieza.

Sé
de hazañas solitarias
de gestas
de talas rumorosas
de galerías ultrajantes
mi secreto pese a todo crece
en la hondura, en la entraña,
en el magma.
Y sólo podrá velarme de este aquí
el último rayo del último sol
que simplemente me lleve
a otra parte.

Disientan con la disección, la ciencia,
un soplido en la superficie del mar.

Por dentro todo es noche
el descubrimiento es ilusión.
Un día soñé un analema
que bajaba del cielo a coronarme.
Un bosque entero crece
de la semilla a la muerte
en el mismo tiempo
que toma a una hoja caer en otoño.

Sin embargo
si algo me espeja
fugazmente
es ese darse y enajenarse
la fiesta breve, el estallido
la amalgama íntima y atávica
que en su sentido ritual, espiritual,
sea acaso lo más cerca que puedan
ustedes estar
de la entera verdad
de una montaña.

Fujisan, undécima estación